Miércoles de ceniza -ciclo C-

Iniciamos un nuevo camino de conversión hacia la Pascua. Cada paso en este camino ha de estar guiado por el reconocimiento del propio pecado y del pecado social que nos envuelve como un manto de suciedad y contaminación, pero, ante todo, por la acogida del perdón y de la misericordia divina. Vivamos una cuaresma con sinceridad de corazón y con fortaleza de espíritu.

**Textos:** Joel, 2,12-18; Salmo 50, 3-6.12-17;2Corintios 5, 20-6,2. Mateo 6, 1.3-4.6.16-18

* ***“Entonces el Señor mostró su amor por su tierra, compadecido de su pueblo”.***

Lo único que espera Dios de cada uno de nosotros/as para salvarnos es que nos volvamos a él de todo corazón. El libro del profeta Joel es uno de los más pequeños del Antiguo Testamento, pero en esas páginas encontramos uno de los mayores testimonios de la experiencia de un Dios que está todo él *volcado hacia* el pueblo que ama, por más que sea un pueblo de hombres y mujeres pecadores: *“Porque el Señor es tierno y compasivo, paciente y todo amor, dispuesto siempre a levantar el castigo”.* Simplemente por eso: ¡por misericordia! Dios quiere habitar en medio de gente alegre, que reconoce su pecado pero tiene una experiencia aún mayor del Amor y del perdón que salva y libera. Y ese “pueblo” somos cada uno de los pueblos del mundo. Sin distinción. De razas ni de culturas, pues Dios nos crea a todos.

* *“Tú amas al corazón sincero, y en lo íntimo me has dado sabiduría”.* El orante del salmo 50 reconoce el peso de su pecado; pero, incluso desde lo más oscuro de su culpa, puede ver la grandeza del perdón, de la Misericordia que lo abraza en lo más hondo de su ser. Su corazón es sabio, porque es sincero. Ante Dios solo vale la verdad, y solo la persona humilde recibe consuelo.
* *“De modo que somos embajadores de Cristo… Por eso, en el nombre de Cristo os rogamos que aceptéis la reconciliación con Dios.”*

Es extraordinario el actuar de Dios: no solo nos perdona y nos libera de nuestras culpas, sino que nos hace gente portadora del perdón, embajadores de la misericordia divina entre nuestros hermanos y hermanas. Si como creyentes somos capaces de ver en Jesucristo *“el rostro de la misericordia del Padre”,* no deberíamos ser personas miopes o ciegas, incapaces de reconocer en cada ser humano el rostro de aquél que es “nuestra justicia”. Dios nos quiere como sus inmediatos colaboradores/as. El ruego del apóstol tendría que ser escuchado por la entera comunidad de fe*: “… os rogamos que no desaprovechéis la bondad que Dios os ha mostrado”. “¡Ahora es el día de la salvación!”* Nos toca actuar en consecuencia.

* *“…y tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu recompensa.”*

Aparentar ser personas justas, no es ser personas justas. Si hay algo que Jesús no soporta es la hipocresía. Despojémonos de toda falsedad en nuestras relaciones con Dios y con el prójimo, pues no vale la pena andar todo el tiempo con máscaras... ¿A quién pretendemos engañar haciéndonos pasar por lo que no somos…? Las palabras de Jesús nos animan a gozar con hondura la libertad de mostrarnos tal como somos: y tal como el Padre nos ve y nos ama. Las *privaciones* que esta sinceridad acarrea son en realidad cosas de las que nos desprendemos con gusto por amor y solidaridad con los demás. Jesús nos invita a que aprendemos a ayunar y darnos de verdad… La Cuaresma *es tiempo de gracia* para hacerlo.

***Trinidad León, mc***